

# UN MAL DE NUESTRO TIEMPO: EL VACIAMIENTO DE LAS PALABRAS



MIGUEL OSCAR CATOLINO

493

El capitán de navío **Miguel Oscar Catolino** egresó como Guardiamarina el 27 de octubre de 1955. Pasó a retiro el 1° de mayo de 1985. Fue Comandante del remolcador ARA *Ona*, del buque oceanográfico ARA *Goyena* y del destructor ARA *Bouchard*, 2do. Comandante del Portaaviones ARA *25 de Mayo* y Director del Liceo Naval "Almirante Storni". Es licenciado en Sistemas Navales.

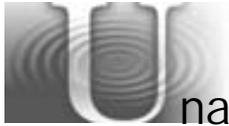
Es autor de colaboraciones sobre temas históricos y militares aparecidas en el Boletín del Centro Naval (Nros. 671, 679 y 768), en el diario "El Territorio" de la ciudad de Posadas, Gaceta Marinera y en la Revista de la Escuela Nacional de Inteligencia.

BOLETÍN DEL CENTRO NAVAL

Número 803 Volumen 119

Julio / diciembre de 2001

Recibido: 22 de diciembre de 2000



494

na de las formas más solapadas de la mentira es la que se disfraza de una pretendida descripción de la realidad otorgando significados nuevos y tendenciosos a diversas palabras o expresiones lingüísticas.

Débase al idioma toda consideración por ser la herramienta principal e insustituible para la comunicación entre los individuos de una misma comunidad, en nuestro caso la conformada por todos los pueblos de habla hispana. La Unión Europea fue el resultado de un impulso político; los lazos existentes entre las naciones de Iberoamérica se fundan, en cambio, en una historia y una lengua comunes. Tienen un basamento cultural, en el que la lengua compartida adquiere las dimensiones de un activo único.

Es fácil advertir que el ser humano sólo asume carácter de persona en cuanto puede desarrollarse en contacto con otros individuos. Luego, además de ser producto de una historia individual forjada en un tejido social determinado y de las circunstancias contingentes, lo es también, de un proceso colectivo; de una larga experiencia traspasada generación tras generación con el insustituible auxilio del lenguaje. "Si hay algo milagroso, eso es el lenguaje" sostiene un reciente premio Nobel (1). De todo esto puede extraer-

se su gran importancia y por consiguiente la de su expresión organizada geográfica e históricamente: el idioma.

Ese obligado cuidado por tan imprescindible y delicado instrumento se muestra al acatar las reglas de su gramática. La semántica, una de sus partes, dispone hacer uso de las palabras según el significado que ellas poseen. Más allá del buen decir –que es trasunto del buen pensar– cabe tener en cuenta igualmente, que las palabras son acciones y, como tales, provocan acontecimientos y éstos, si tienen la magnitud suficiente, pueden llegar a cambiar la historia, la grande y la pequeña, la que rige al mundo y la que no va más allá del ámbito individual y doméstico.

La actualidad, en la que la expresión oral impera a través de la preeminencia de los medios masivos de comunicación, suele abundar en ejemplos de la ligereza con que se lanzan al aire y se ponen en circulación palabras y frases a las que se las vacía de su significado original y se les impone otro extraño, impropio o improcedente. Valga como tal uno inocente y ajeno a toda segunda intención como mascota. En su acepción castellana significa (o significaba) persona, animal o cosa que trae suerte. La verba periodística, sin demasiados escrúpulos por la pureza de su vocabulario y tan necesitada siempre de sinónimos para huir de las odiosas repeticiones, la utilizó para designar exclusivamente a animalitos tales como perros y gatos. Vale decir en algo totalmente ajeno a su verdadero sentido, y así ha pasado al uso común.

---

(1) Gao Xingjian, premio Nobel de Literatura 2000.

Otro tanto ha ocurrido con *parafernalia*, voz que posiblemente, por su aparente pero inexistente vinculación con *infernal*, se la empleó para designar, con cierta intención peyorativa o amablemente burlona, al conjunto de ritos o de instrumentos que rodean determinados actos o ceremonias, sobre todo si éstos sobrepasan en demasía la cantidad de ellos que sería la adecuada y razonable. Sin embargo, su verdadero origen está en bienes parafernales, que son aquéllos que, independientemente de la dote, lleva la mujer al matrimonio y los que adquiere durante él por título lucrativo, como herencia o donación. Como se ve, nada tiene que la relacione con el uso actual que se le da.

Por supuesto que el idioma es un organismo vivo y en constante evolución, pero eso no autoriza a dar a los vocablos significados que no tienen. Para que ellos sean admitidos deben tener un basamento sólido, nacer de una necesidad y de una carencia, poseer una explicación razonable y una cierta genealogía. Su precisión para expresar los conceptos que se proponen es lo que valoriza a un idioma, pues permite una mejor claridad en la transmisión de ideas. Avala lo dicho el respeto que la lengua alemana goza en el campo de la filosofía, a punto tal que hay quienes sostienen que no es posible leer a los grandes pensadores de ese origen si no se lo hace en el mismo idioma con que dieron a conocer sus obras. No se respeta la precisión si desaprensiva e irresponsablemente se cambian significados a las palabras, o añaden otros nuevos, forzados y hasta ridículos.

Ya se sabe que una de las fuentes del idioma –la más importante– es el habla popular, pero las modificaciones que ésta pueda introducir, para ser válidas, deben ser producto de un proceso de formación extendido y espontáneo y no resultado de la acción directa de los (ciertos) "comunicadores" que más allá de sus propósitos, que pueden ser desconocidos, ocultos y hasta clandestinos, cuentan con indudable poder de llegada a audiencias masivas pero no con comprobada, y quizás inexistente, autoridad idiomática.

No es ajena a la deformación descripta la Real Academia Española, la que "limpia, fija y da esplendor" según su lema, que expresa su preocupación por la pureza del idioma español. Cuidado que ahora parece no afligirla demasiado, pues a saber por las últimas acepciones incorporadas (entre las que se cuentan las referidas *mascota* y *parafernalia*) ni limpia ni da esplendor, aunque quizás fije al ceder ante nuevos significados, pese a que sean arbitrarios, espurios o absurdos. Pero esto es harina de otro costal y ya habrá lingüistas que se ocupen del tema con más autoridad que la del que esto escribe.

Pero es en el campo de las relaciones humanas o de la sociología, como quiera llamársele, en donde la aberración descripta asume contornos insidiosos mostrándose de diversas formas, muchas de ellas causadas por intereses específicos que responden a una particular conveniencia. El mismo proceso degenerativo que sufrieran los sustantivos citados como ejemplo, pero esta vez bajo la sospecha de sutiles segundas intenciones, ha ocurrido con la palabra *conservadorismo* que, obviamente, expresa la doctrina política de los conservadores. Por arte de birlibirloque ha devenido en *conservadurismo* con la consiguiente depreciación de su concepto. Al cambiar la terminación *ismo* por *urismo* se introduce subrepticamente la idea de duro, impenetrable, falto de flexibilidad, insensible, de encallecido corazón. Ese rigor, hace suponer entonces que va a ser aplicado a rajatabla en la aplicación de medidas económicas y sociales. Suenan a disposiciones poco simpáticas, hasta terribles. Luego, no es de suponer que esta reciente denominación haya salido de sus propias filas, habida cuenta de la adversa connotación electoral que conlleva.

Reconocidos o no por la suprema autoridad académica, pueden citarse otros ejemplos de reveladores cambios de significado. *Transgresor* y *represor* son dos de ellos que presentan la característica común de haber sufrido un cambio de 180 grados en su valoración, aunque de signo contrario en cada uno de ellos; de negativa a positiva en el pri-

mer caso y a la inversa en el segundo. De quebrantador de la ley, es decir de una conducta equivocada, ilícita, se ha transformado el primero en audaz, innovador, simpático, contraventor y el segundo de el que contiene o refrena excesos de conducta, o sea, de un actor social necesario, en el que castiga con violencia actuaciones políticas o sociales, como se ve, su concepto ha descendido del que primitivamente tenía a algo que, lógicamente, provoca una natural repulsa. ¿Qué se busca con ello? ¿Tolerar cualquier exceso? ¿Impedir que reine un cierto orden en la sociedad?

Lo mismo puede decirse de discriminar. Hasta no hace mucho, su única acepción era diferenciar, distinguir, separar una cosa de otra. Ahora ha añadido la de dar trato de inferioridad a una persona o colectividad por motivos raciales, religiosos, políticos, etc. Aquí puede apreciarse también un sospechoso pasaje de un significado neutro, como es clasificar, ordenar y agrupar elementos no necesariamente humanos, a uno que, aprovechando su vecindad con crimen, incriminar, etc. resulta fácil relacionarlo, consciente o inconscientemente, con algo perverso y así es usado y explotado, la mayoría de las veces por grupos que bajo esa bandera ocultan su propia y verdadera condición y vocación de "discriminadores".

Al otorgarle a dicha palabra la significación señalada se pone al descubierto un afán de resaltar males que la humanidad ha padecido desde los tiempos bíblicos y cuya erradicación, a todas luces plausible, se ha transformado ahora, a destiempo, en fervientes consignas reivindicatorias, esgrimidas por grupos que no se destacan precisamente por su actitud de tolerancia y otras virtudes relacionadas con la lucha por un objetivo noble pero indudablemente antiguo –la Revolución Francesa ya los había enarbolado en su momento: igualdad y fraternidad– dando lugar a que pueda pensarse que la presunta buena intención de la postura de hoy con relación a este tema, encubre o disfraza otros objetivos cuya enunciación sería embarazosa y difícil de justificar.

Las relaciones internacionales, de por sí complejas debido al amplio y variado campo en donde se desenvuelven, también son susceptibles de sufrir estas sutiles trampas, que pueden tenderse haciendo un hábil y mañoso uso del lenguaje. Se verifica, por ejemplo, en la voz *americano*, que de natural de América ha pasado a usarse para designar a los estadounidenses. Ya se sabe que los ciudadanos de la nación más poderosa del continente (y del mundo) llaman a su país *América* y a ellos mismos *americans* (americanos), con absoluta prescindencia de los habitantes del resto del continente que aparecen así como distantes de este gentilicio.

Que ellos celebren a su país llamándolo de ese modo tan abarcador es una muestra del orgullo que sienten y de lo identificados que están con su grandeza. Claro que es una actitud no premeditada, sino espontánea y natural. Pero no por ello debemos nosotros, los que no somos *americans* pero sí americanos, prestarnos a ese juego de cambio de significados porque en este caso estaríamos transigiendo con una implícita renuncia a nuestra condición básica de naturales de este continente, tal cual lo entendieron y proclamaron los hombres de Mayo y de la Independencia. Recuérdese aquella canción patriótica que (en mi época al menos) se cantaba en la escuela y que fuera la primera propuesta de himno nacional:

*La América toda  
se conmueve al fin  
y a sus caros hijos  
convoca a la lid.*

Desde aquellos tiempos el nombre de América tiene resonancias de libertad, progreso y esperanza. Éstos fueron los ideales que despertaron las expectativas de millones de personas provenientes de diversos países de Europa y de otras partes del mundo, y en pos de las cuales se lanzaron a cruzar los mares para asentarse en estas comarcas que de inmediato hicieron suyas y en las cuales, en general, cre-

cieron y prosperaron. La antigua expresión "fare l'America" (hacerse la América, hacerse rico) de los inmigrantes italianos, describe elocuentemente las ilusiones con las que arribaban a estas playas. El que este proceso se haya verificado principalmente en nuestro país, que por ese entonces ocupaba el sexto o séptimo lugar en el mundo, y en Estados Unidos es algo que compartimos y que nos enorgullece y que, por lo tanto, no debemos olvidar. Resignar a nuestra básica condición de americanos va contra nuestra propia esencia. No vamos a pedir a los estadounidenses que dejen de llamarse como ellos acostumbran pero, por favor, no lo hagamos nosotros. En boca de personalidades de la alta dirigencia, en donde tantas veces duele encontrarlo, resulta imperdonable.

El concepto de fundar, fundamento, fundamental, expresa respectivamente una acción, un sustantivo y un adjetivo por demás nobles y saludables. Lo mismo ocurre con el resto de las voces derivadas de la primera, que como se sabe significa edificar, echar los cimientos de algo digno, altruista, desinteresado.

En épocas recientes se engendró la voz fundamentalismo que echa por tierra todos esos significados. El diccionario la ha incorporado como doctrina ideológica, religiosa o política que defiende los fundamentos de su integridad y ortodoxia que no desmiente sus raíces y continúa la misma línea de significado. No obstante, tal como se la está utilizando ha descendido a fanatismo, obstinada persistencia en el error, intolerancia.

Luego, corresponde preguntarse ¿qué tiene de malo defender los principios en los que cada uno ha basado su edificio moral? Eso en modo alguno significa ser fanático ni nada por el estilo. Es bueno; habla de integridad, de firmeza, de convicción. Es una actitud pensada y meditada, no un empujón irracional, primitivo o inmaduro. ¿No habrá detrás de los que con facilidad acusan a los que no piensan como ellos el hecho de ser verdaderamente fundamentalistas?

Sí, fundamentalistas de su relativismo, de su negación de valores, de su omnipotencia disfrazada de bonhomie. A ellos les cabe el viejo diálogo humorístico:

*-En la vida nada es absoluto, todo es relativo.*

*-¿Está Ud. seguro?*

*-Absolutamente.*

Pero no sólo en las palabras se verifica el fenómeno aludido de equívocos cambios y agregados de significado a determinadas voces. Idéntico proceso de falsificación han sufrido también algunas expresiones de uso corriente. Por ser paradigmática de lo señalado centraremos nuestro análisis en una cuyo uso frecuente en ambientes pseudo intelectuales la ha transformado casi en un latiguillo. Me refiero a la famosa frase "el fin justifica los medios" adosada desde siempre al florentino Nicolás Maquiavelo (1469-1527). Debido al carácter indicado, me permitiré extenderme un poco más en su consideración.

Reprobada y anatematizada por los medios –no precisamente esos a los que se refería Maquiavelo sino a los que están bajo la potestad del periodismo, el cuarto poder, como se ha autodesignado, asumiendo una representación que nadie le ha dado– puede pensarse que aquí la mala fe se mezcla con el desconocimiento, dando lugar a groseros, aunque comunes errores de concepto producto de un análisis superficial de su contenido. Hablamos siempre de medios masivos de comunicación social excluyendo, por supuesto, a los de reconocida buena fe y renombre; no de los prestigiados estudiosos de las ciencias políticas.

Un enfoque directo y literal de esta afirmación, como el que habitualmente se le da, no puede conducir sino a un callejón sin salida. Tomada fuera de su contexto histórico y circunstancial nos lleva irremisiblemente a un dilema inevitable: o defendemos la posición de que si el fin es lo suficientemente bueno, noble o altruista, no es imperioso entrar en otras consideraciones para dispensar a su realización la

necesaria validez; o por el contrario, rechazamos de plano cualquier propuesta, por más eficaz que fuere, que roce en lo más mínimo, en su ejecución, todo aquello que establecen las normas y principios éticos.

Cualquiera de las dos posturas tomadas sin los recaudos que dictan la cordura y el buen tino puede desembocar en conclusiones absurdas. Así, por ejemplo, en el primer caso podríamos sostener que ayudar a los indigentes, acercándoles algún dinero para sus necesidades mínimas, permitiendo para ello que algún *aggiornado* émulo del legendario Robin Hood o del vernáculo gaucho Bairoletto (2), obtenga por la fuerza los recursos necesarios quitándoselos a los que más disponen, es una solución no sé si eficaz, pero al menos expeditiva y práctica para paliar la pobreza extrema y sus males asociados. Que sea éste un remedio hasta cierto punto apto pues sirve a los fines que se propone, no admite duda. Pero de ahí a que sea aceptable... Una postura sensata, razonable y conforme a la ley obliga a rechazarlo de plano y desecharlo por completo, sin entrar en otras consideraciones. Aquí, entonces, el fin bueno buscado no justifica el empleo de un medio perverso.

En el otro extremo es indiscutible, por ejemplo, que toda forma de engaño es execrable. La mentira, o sea, la negación de la verdad, es siempre deshonrosa según las más diversas posturas morales. En cambio, su contraposición, es decir la verdad, es ensalzada en todas las religiones y escuelas filosóficas. Ahora bien, supongamos entonces que una persona es secuestrada por una banda de asesinos desalmados, con el fin de obtener un pingüe rescate que de no concretarse ocasionaría su segura muerte. Supongamos también que esta persona está aferrada desde siempre a sólidos y asentados principios morales que han guiado hasta ese momento su paso por la vida. Entre ellos está sin duda, el decir siempre la verdad en toda hora y lugar y sin parar mientes en la calidad moral de aquel a quien se dirige.

Dichos principios le impedirían emplear alguna treta o ar-

tilugio que lo libere de la comprometida situación en que se encuentra ya que ellas conllevarían con seguridad alguna forma de engaño o falsedad. Arribamos así al mismo despropósito del ejemplo anterior, reñidos ambos contra toda lógica y elemental sentido común. Un fin superior, como es evitar la muerte en manos de unos malvados, justificaría ampliamente la necesaria mentira. La aplicación irrestricta de la verdad llevaría en este caso a un desenlace funesto y asimismo injusto: un inocente sacrificado por criminales. Aquí sí, el fin bueno justifica el medio malo (la mentira) empleado.

A esta última categoría pertenecen también las mentiras piadosas con que se quiere aliviar el sufrimiento de los pacientes terminales para evitar que caigan en un estado de depresión a que podría llevarlos el conocimiento de la verdadera evolución de su enfermedad, agravando así su estado y quitando posibilidades de recuperación que, aunque en grado ínfimo, siempre existen. Lo mismo que esas mentirillas con que se suele satisfacer la curiosidad de los niños para explicarles temas que no están en capacidad de comprender, o para hacerles vivir ilusiones que luego serán guardadas celosamente entre los recuerdos más entrañables de la infancia. Yendo todavía más lejos en eso de ser inflexible con la verdad, podría llegarse a calificar a toda la literatura de ficción, inclusive las obras maestras de los genios de todos los tiempos, como de una gran mentira. Evidentemente, un total despropósito.

En situaciones no siempre tan claras y esquemáticas como las descritas, como son las de la vida real, todo este tipo de proceder en el que se antepone el fin a los medios empleados para lograrlo –legítimos y válidos por constituir la única y disponible solución– es calificado con ligereza y pre-

---

(2) Bairoletto, Juan Bautista (1894-1941) Célebre bandido de la zona pampeana; "malo para los ricos" y "bueno para los pobres" según algunos. Murió en un tiroteo con la policía. Ha cobrado fama de millagroso y es **objeto de culto en ciertos ambientes**.

citación, como maquiavélico, incurriendo así en una imperdonable falacia histórica y conceptual.

Esta última, la conceptual, es la más grave por las consecuencias que puede llegar a tener mediante el ya comentado cambio de significado de las palabras y por ende, de las frases que ellas conforman. Pero, para su cabal comprensión, será necesario recurrir al análisis histórico que dará una perspectiva más ajustada de la trascendencia de este error, cuyo origen está en pasar por alto el hecho de que hay problemas que responden a distintos órdenes de complicación y, por lo tanto, no pueden compararse porque sería como tratar de responder al conocido planteo ¿qué es más largo, una hora o una serpiente?

Maquiavelo, figura arquetípica del Renacimiento, fue político, escritor y pensador. La obra que lo llevó póstumamente a la fama y que ha influido enormemente en toda la filosofía política posterior fue "El Príncipe" en donde pondera, según sus ideas, las distintas formas de gobernar. Su pensamiento político está basado en una amplia reflexión sobre la esencia del Estado y en la necesidad de un principio rector práctico y pragmático que establezca el orden en la sociedad.

Es, sin duda, una figura controvertida. De frío y realista estudioso de la ciencia política, según algunos, para otros no es más que un genuflexo que se apresuraba a alabar a los poderosos de su época. Según esta última óptica, no escribió "El Príncipe" como un tratado de política destinado a intelectuales o al común de las gentes, sino como un informe personalísimo y reservado a Lorenzo de Médicis, con el que aspiraba a hacer olvidar una anterior falta de lealtad. No buscaba esclarecer la esencia del poder sino ganar los favores del príncipe y con ello acceder a importantes cargos.

Según sus críticos, para Maquiavelo la política se reducía a las formas de aferrarse al poder con medidas hábiles y adecuadas que pueden ir del halago a la crueldad. No hay

en sus páginas amor a los súbditos, ni lo que hoy llamaríamos vocación de servicio, ni ningún sentimiento noble que atempere la rudeza de sus consejos. Sólo astucia, perversidad y disimulo.

Vayamos ahora a los que han visto en él a un estudioso serio y capacitado, hasta cierto punto visionario. Alegan que "El Príncipe" es uno de los libros más desconocidos y malentendidos de la historia de la literatura universal. Su aparente cinismo no es más que una encendida defensa del Estado como órgano sin el cual la existencia humana, gregaria por naturaleza, no sería posible y se reduciría a un estado abyecto y miserable. A este supremo fin subordina Maquiavelo todo canon normativo en la acción de gobierno, ya que otras contemplaciones no podrían tenerse en cuenta en un Estado en el que imperase el caos resultante de la inacción de un príncipe débil y tolerante.

El prestigioso ensayista argentino José Luis Romero (1909-1977) sostiene que en la visión maquiaveliana todo lo que atente contra el bien común debe ser rechazado y por ello "la astucia, la hábil ocultación de los designios, el uso de la fuerza, el engaño, adquieren categoría de medios lícitos si los fines están guiados por la fuerza del bien común, noción ésta que encierra la idea de patriotismo, por una parte, pero también de la moderna razón de estado". Convenimos aquí, sin entrar en suspicacias maliciosas pero tampoco sin incurrir en cándidas ingenuidades, que la diplomacia, la política internacional y, en general, el manejo de los negocios públicos, parecen regirse exclusiva y fielmente por esta vívida y áspera visión sobre el uso de los medios que, sin estar escrita en ninguna parte (excepto quizás en "El Príncipe"), está ausente en los discursos pero es convenientemente aplicada por todos aquellos que deben hacer uso de ellos, más allá de las nacionalidades y de las banderías políticas a las que pertenezcan.

El fin justifica los medios, no sería entonces una sentencia carente de moral y ética, como sostienen los críticos de Ma-

quiavelo; sencillamente sería una reflexión profunda en la que se reconoce que de las mismas circunstancias con que debe enfrentarse, debe sacar el Príncipe las premisas necesarias para desenvolverse en un mundo cambiante, como fue siempre, es y lo será, ya que la condición humana, básicamente inestable e incierta, así lo impone. Lo de "la historia se repite" no tiene cumplimiento permanente, ni siquiera frecuente, sino sólo esporádico, y es lógico que así sea, puesto que las variables del ser humano y por ende de las comunidades que estos conforman, son prácticamente infinitas.

500

Por consiguiente, el éxito del gobernante reside en tomarle el pulso a las situaciones y armonizar su conducta con la dinámica inherente a ellas. Son las necesidades las que impondrán la respuesta. El error de sus críticos estaría entonces, en no percibir el abismo enorme existente entre las aptitudes de un esquema absolutista de la moral y la índole siempre irreductible de la realidad.

Sin entrar en polémicas sobre si Maquiavelo debe ser condenado o exaltado, según las posiciones expuestas, debe resaltarse fundamentalmente que la famosa frase carece de aplicación fuera del contexto al que pertenece: la conducción del Estado, a la que el florentino subordinaba toda otra consideración de carácter político y moral. Tratar de darle destino en situaciones no vinculadas con ese fin su-

premo, por más extremas y dramáticas que puedan parecer, como las descritas más arriba (dar a los pobres robando a los ricos y mentir para salvar una situación límite) nos llevará seguramente, como ya explicáramos, a encrucijadas insolubles. Para zafarlas baste con tener en cuenta lo dicho acerca de los significados interesados y falaces de algunos términos y frases, constituidos en axiomas por una prensa oral y también escrita, de escaso rigor semántico y perseguidora de objetivos varios, algunos de ellos no precisamente virtuosos. ■■■■■

#### Bibliografía consultada

- Diccionario de la Real Academia Española, Madrid, ediciones de 1956 y 1998.
- "El Príncipe" ediciones de Planeta-De Agostini, Nuevo Siglo y Heliasta prologadas por Giuliano Procacci, Marina Massa Carrara y J. R. Nourrison y Guillermo Cabanellas respectivamente.
- Análisis de "El Príncipe", Universidad de Antioquía. Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. Medellín. Colombia.
- "Una vez más Maquiavelo", Guillermo Wiede. Revista del Colegio de Abogados de la Ciudad de Buenos Aires. 1999.
- "El conocimiento inútil", Jean Francois Revel. Editorial Planeta. 1989.